

CAPÍTULO XXI.

Reflexiones particulares acerca del castigo de los judíos y de las predicciones de Jesucristo que le habian anunciado.

Mientras he procurado hacer ver á V. A. cómo se han cumplido sin interrupcion los decretos de Dios, en la perpetuidad de su pueblo, he referido con rapidez muchos hechos que merecen se hagan sobre ellos reflexiones profundas. Permítaseme volver á repasarlos para no perder la ocasion de dejar desconocidas las grandes cosas que merecen tenerse presentes.

Entre las primeras suplicó á V. A. pare su consideracion mas particularmente en la caida de los judíos, cuyas circunstancias todas testifican la verdad del Evangelio. Estas circunstancias nos son esplicadas por los autores infieles, por los judíos y por los paganos, quienes sin entender los fines de la Providencia de Dios, hannos referido los hechos importantes por los que le plugo declararlos.

Tenemos á Josefo, autor judío, historiador muy fiel y muy instruido en las cosas tocantes á su nacion, cuyas antigüedades ha ilustrado tambien con una obra muy admirable. Él escribió la historia de la última guerra, en la que pereció, despues de haber estado presente á todo y de haber él mismo servido en ella á

su pais, ejerciendo un mando de bastante consideracion.

Los judíos suministrannos tambien otros autores muy antiguos, cuyos testimonios vereis. Tienen antiguos comentarios sobre los libros de la Escritura, y entre otros las Paráfrasis caldeas que imprimen con sus biblias. Tienen su libro que llaman el Talmud, que quiere decir doctrina, que respetan tanto como la Escritura. Este libro es una recopilacion de los tratados y de las sentencias de sus antiguos maestros; y no obstante que las partes de que esta obra se compone no sean todas de la misma antigüedad, los últimos autores que se citan en ella vivieron en los primeros siglos de la Iglesia. Allí, entre una infinidad de fábulas impertinentes, que empiezan la mayor parte despues de los tiempos de nuestro Señor, se encuentran bellos restos de las antiguas tradiciones del pueblo judío, y pruebas para convencerle.

Por decontado es cierto, segun confesion de los judíos, que jamas se ha declarado mas terrible ni mas manifestamente la venganza divina que como se manifestó en su última desolacion.

Es una tradicion constante, atestiguada en su Talmud, y confirmada por todos sus rabinos, que cuarenta años antes de la ruina de Jerusalem, que viene á coincidir próximamente con el tiempo de la muerte de Jesucristo, se veían

continuamente en el templo cosas muy estrañas. Todos los dias aparecian en él nuevos prodigios, y tales, que un famoso rabino exclamó un dia: "Oh templo, oh templo, ¿qué es lo que te conmueve, y por qué tú te causas espanto á tí mismo?"

¿Qué mas señalado que aquel ruido espantoso oido por los sacerdotes en el santuario el dia de Pentecostés, y aquella voz clara y manifiesta que salió del fondo de aquel lugar sagrado: "Salgamos de aquí, salgamos de aquí"? Los santos ángeles protectores del templo declararon en alta voz que le abandonaban, porque Dios, que habia establecido en él su morada durante tantos siglos, le habia reprobado.

Josefo y Tácito han referido tambien este prodigio. No fue percibido mas que por los sacerdotes. Pero he aquí otro prodigio que se manifestó á la vista de todo el pueblo; y que jamas ningun otro pueblo habia visto otra cosa que se le pareciese. "Cuatro años antes de declararse la guerra, un paisano, dice Josefo, se puso á gritar: Una voz ha salido del lado del Oriente, una voz ha salido del lado del occidente, una voz ha salido del lado de los cuatro vientos: voz contra Jerusalem y contra el templo; voz contra los recién casados y las recién casadas; voz contra todo el pueblo." Desde entonces, no cesó ni de dia ni de noche de gritar: "Maldicion, maldicion sobre Jerusalem!" En los dias

de fiesta redoblaba sus gritos. Ninguna otra palabra salió jamas de su boca: los que se compadecian de él, los que le maldecian, los que socorrian sus necesidades, jamas oyeron de él mas que esta terrible palabra: "¡Maldicion sobre Jerusalem!" Fue preso, interrogado y condenado á azotes por los magistrados: á cada pregunta y á cada azote respondia, sin quejarse jamas: "¡Maldicion sobre Jerusalem!" Puesto en libertad como un loco, corria todo el pais repitiendo sin cesar su triste prediccion. Continuó así gritando durante siete años sin descansar, y sin que su voz se debilitase. En tiempo del último sitio de Jerusalem se encerró en la ciudad, ocupándose en dar continuas vueltas en derredor de las murallas y gritando con todas sus fuerzas: "Maldicion sobre el templo, maldicion sobre la ciudad, maldicion sobre todo el pueblo! "Y al fin añadió: "¡maldicion sobre mí mismo! Y en este instante que acabó de pronunciar la maldicion sobre sí vino una piedra lanzada por una máquina que le dejó muerto en el acto.

¿No podemos decir S. S. que la venganza divina se habia hecho como visible en aquel hombre, que no subsistia mas que para pronunciar su sentencia; y que ella le habia dotado de toda su fuerza á fin de que pudiese igualar con sus gritos las desgracias que amenazaban al pueblo; y que en fin él mismo debia perecer

por un efecto de aquella misma venganza que habia por tan largo tiempo anunciado para hacerla mas sensible y mas presente, cuando él fuese no solo el profeta y el testigo, sino tambien la víctima?

Aquel profeta de los desastres de Jerusalem llamábase Jesus. Parecia que el nombre de Jesus, nombre de salud y de paz, debia convertirse para los judíos, que le menospreciaban en la persona de nuestro Salvador, en un funesto presagio; y que habiendo aquellos ingratos desechado á un Jesus que les anunciaba la gracia, la misericordia y la vida, enviábales Dios otro Jesus que solo tenia que anunciarles males irremediables y el inevitable decreto de su próxima ruina.

Pero penetremos mas en los juicios de Dios, guiándonos por lo que dicen sus escrituras. Jerusalem y su templo han sido dos veces destruidos; la una por Nabucodonosor, y la otra por Tito. Pero si bien en cada uno de estos dos tiempos la justicia de Dios se ha declarado por los mismos medios, en la última destruccion ha sido de una manera mucho mas manifiesta.

Para entender mejor el orden de los decretos de la divina Providencia, sentemos, ante todas cosas, esta verdad tantas veces establecida en las sagradas letras; que uno de los mas terribles efectos de la venganza divina es cuan-

do, en castigo de nuestros pecados anteriores, nos abandona á nuestro sentido de reprobacion, de manera que ensordecemos á todas las saludables advertencias, cerramos los ojos y nos cegamos hasta el punto de no ver las sendas de salud que se nos presentan, y por el contrario, hallámonos muy prontos á creer todo lo que conducé á nuestra perdicion con tal que nos lisonjee, y osados para emprenderlo todo, sin comparar ni medir nuestras fuerzas con las de los enemigos, á quienes irritamos.

Así perecieron la primera vez bajo la mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia, Jerusalem y sus príncipes. Débiles y siempre batidos por aquel rey victorioso, habian ya visto muchas veces que eran vanos los esfuerzos que hacian contra él, y habianse visto obligados á jurarle fidelidad. El profeta Jeremías les declaraba, de parte de Dios, que Dios mismo les habia entregado á aquel príncipe, y que no les quedaba mas camino de salvacion que someterse á llevar su yugo. Decia á Sedecías, rey de Judea, y á todo su pueblo: "Someteos á Nabucodonosor, rey de Babilonia, si deseais vivir; porque ¿á qué fin quereis perecer, y hacer de esta ciudad un desierto?" No creyeron en su palabra. Mientras que Nabucodonosor les tenia estrechamente sitiados con las prodigiosas obras que habia hecho para circunvalar su ciudad, dejábanse seducir por sus falsos profetas,

que les hacian esperar victorias imaginarias, y les decian, á nombre de Dios, aunque Dios no les hubiese enviado: "Yo he roto el yugo del rey de Babilonia; dos años os restan de soportarle; y despues vereis á este príncipe obligado á restituiros los vasos sagrados que ha robado del templo." El pueblo, deslumbrado con estas promesas, sufría el hambre y la sed, y las mas duras calamidades, é hizo tanto por su audacia insensata, que ya no hubo para él misericordia. La ciudad fue arrasada, el templo incendiado, y todo, todo fue perdido.

Por estas señales los judíos conocieron que la mano de Dios pesaba sobre ellos; pero á fin de que la venganza divina les fuese tan manifiesta en la última ruina de Jerusalem como lo fuera en la primera, se ha visto, así en la una como en la otra, la misma seducción, la misma temeridad y la misma obstinacion.

Aunque su rebelion hubiese atraído sobre ellos las armas romanas, y aunque ellos sacudiesen temerariamente un yugo bajo el cual todo el universo habia sometido su cuello, Tito no queria perderlos: por el contrario, les ofreció muchas veces el perdon, no solo al principio de la guerra, sino tambien cuando ya no podian escaparse de sus manos. Ya habia levantado en derredor de Jerusalem un alto y ancho muro, coronado de torres y fortalecido con reductos tan fuertes como la ciudad misma,

cuando les envió á Josefo, su conciudadano, uno de sus capitanes, uno de sus sacerdotes, que habia sido hecho prisionero en esta guerra defendiendo á su pais. ¡Cuánto no les dijo para persuadirles y moverles! ¡Qué de razones no les espuso para hacerles entrar en la obediencia y que se sometiesen! Hízoles ver conjurados al cielo y á la tierra contra ellos, su inevitable perdicion si no desistian de su plan de resistencia, y al mismo tiempo trató de persuadirles que encontrarían clemencia en Tito. "Salvad, les decia, la ciudad santa; salvaos á vosotros mismos, salvad este templo, maravilla del universo, que los romanos respetan y que Tito no destruirá sino con sentimiento." Pero ¿qué medio hay para salvar á gentes que están obstinadas en perderse? Seducidos por los falsos profetas no escuchaban consejos ni razones: hallábanse reducidos al último estremo: el hambre era horrorosa, y tal que causaba mas muertes que la guerra; en fin se llegó al estremo de que las madres se comian á sus propios hijos. Tito, compadecido de tan horrorosos males, ponía á Dios por testigo de que habia hecho y hacia cuanto le era posible por remediarlos, y que no seria culpa suya, sino de su obstinacion si su perdicion era inevitable. Empero los judíos ilusos y pertinaces, presenciaban los desastres con que la ciudad era afligida, y continuaban presentando oídos dóciles á las falsas predicciones que